



CAPÍTULO II

La veneración y confianza públicas del Párroco de Ars, acreditadas por cartas que recibía de muchos y lejanos países.

LA mesita de roble que se ve aún en la habitación del Párroco de Ars, cubriase todos los días, á la hora del correo, de multitud de cartas que le llegaban de distintas y lejanas tierras. Juan Bautista Vianney las abría y leía rápidamente, mientras comía: algunas comenzaban con estas fórmulas laudatorias: «La grande reputación de santidad que os habéis adquirido...» «La profunda veneración que os tengo...» «El aprecio que me inspiráis...» «La confianza que tengo en vuestras luces...» La lectura de este género de cartas terminaba aquí; las tiraba con santa indignación y las arrojaba al fuego. Comenzar una carta por un fino cumplido, ó un homenaje, era, como se ve, buen medio para no ser leída. Muchos ignoraban esto, y, creyendo escribir á un hombre ordinario, hacían uso de las frases laudatorias admitidas en el estilo epistolar; pero raras veces dejaban de sufrir la pena aplicada á esa clase de cartas.

Algunas de estas misivas contenían valores para novenas, Misas ó limosnas para los pobres y las fun-

daciones del señor Párroco. Cuando eran cartas confidenciales, las abría en seguida; pero si no lo eran, y contenían largas explicaciones sobre negocios importantes, encargaba á otro su lectura para que le diese cuenta de su contenido. El examen de esta correspondencia duraba ordinariamente tanto como la comida del buen Párroco, y las cartas que no se abriesen en ese tiempo, corrían riesgo de no serlo jamás.

Tenemos justos motivos para llorar la pérdida de tantos autógrafos, pues una parte de la historia que escribimos, tal vez la más interesante, ha perecido con ellos. Su publicación nos hubiera hecho conocer mejor el crédito universal de que gozaba el siervo de Dios, su inmensa notoriedad, el prestigio que tenía en lejanas comarcas, y la confianza general de que era objeto en todas partes adonde había llegado su fama. Entre las pocas piezas que se han podido salvar de esta correspondencia, existen algunas que nos han servido mucho para fijar la fisonomía de nuestro Santo y para apreciar el admirable dón de consolación, de intercesión y de conversión que Dios hubo depositado en él. Las revelaciones que contienen nos hacen sentir más que sea tan reducido el número de las que se han salvado de los autos de fe á que fueron condenadas las demás.

Esta correspondencia es un nuevo canto del poema de Job, y como eco doloroso de todas las quejas y gemidos de la tierra. Ella nos da el verdadero sentido de estas palabras del Párroco de Ars: *Es necesario venir aquí para saber lo que es el pecado original...*

Las cartas que se dirigían á Vianney eran generalmente en demanda de oraciones, y muchas estaban escritas en inglés y alemán; de Bélgica é Irlan-

da venían también en gran número; pero la mayor parte traían el sello de París, Lyon, Marsella, Nantes, etc.

Al tribunal del señor Párroco de Ars llegaba todo género de causas. Ya se le suplica pida á Dios en el Santo Sacrificio que se digne iluminar al Gobierno sobre una empresa que interesa á la prosperidad y el porvenir de toda una comarca; ya se excita su compasión sobre dolores privados, duelos de familias y desgracias domésticas; ora es una cananea que pide la salud de su hija; ora una viuda de Naim que le reclama su hijo, ó el centurión cuyo criado está enfermo, ó la samaritana que desea conocer el dón de Dios...

En alguna ocasión son Generales de Ordenes religiosas, Superiores de Comunidades, Madres de la Visitación, é Hijas de Santa Clara, de Santa Úrsula y de Santa Teresa, que le consultan sobre los intereses de su Congregación; que recurren á él en sus dudas, y no hacen nada sin su consejo. «Tanta confianza tengo, decía una de ellas, en las oraciones del santo Párroco, que sólo el pensar que hablará de mis penas á Nuestro Señor me quita todo su peso.»

Otra vez es el Abad de un monasterio célebre, que declara haber experimentado su alma una alegría y gozo inefables con la lectura de la carta que el hombre de Dios se dignó escribirle, y añade: «Soy verdaderamente indigno de esa gracia, y casi me arrepiento, creyéndolo temeridad, de haber escrito á ese santo sacerdote.»

Otra vez es el heredero de un gran título y apellido, que le consulta si debe abandonar sus deseos

de abrazar la vida religiosa, y quedarse en el mundo tomando el estado del matrimonio. Resulta de esta carta que el pobre joven que la ha escrito se convirtió en Ars, y que, por consejo del santo Párroco, hizo ejercicios en la residencia de los Padres Jesuitas.

Acá se trata de tres respetables ancianos, muy honrados en su país, que rehusan los auxilios de la Religión: viendo su desconsolada familia que se aproximaba para ellos el terrible día, y que la muerte podía sorprenderlos en tan desgraciado estado, les recomendaba á las oraciones del santo Párroco. Allá son Presidentes de Conferencias de San Vicente de Paul, que ruegan á Vianney se digne ayudarles con sus consejos en la dirección de su empresa, á fin de corresponder mejor á los designios de Dios.

Más allá es una pobre víctima del mundo, que, maleada por la lectura de libros inmorales, desea convertirse á Dios; pero se halla encadenada por violentas pasiones á la entrada del buen camino, y da vueltas sin cesar alrededor de la virtud, deseando abrazarla, mas sin valor para entregarse á ella. «¡Oh amado Padre! dice: vos, que sois amigo de Dios y que vuestras súplicas atiende propicio, interceded por mí: alcanzadme la gracia de que mis pensamientos se fijen en Él... El mundo me llama, me sonríe... Soy joven, dicen que tengo talento. Algunos falsos amigos han aplaudido mis primeros ensayos literarios, y me instigan á continuarlos... ¡Oh Padre mío! ¡Que Dios se apiade de mí! Si se prolonga esta lucha, voy á perder la cabeza. Me asalta el pensamiento de ir á Ars para contaros las aventuras de mi vida (es una historia lamentable), recibir vues-

»tros consejos y oír lo que os sugiere vuestra experiencia sacerdotal. ¡Oh Padre mío! En el nombre de »Dios, decidme: Venid..., y me tendréis á vuestros »pies recogiendo vuestras santas palabras.»

Una desgraciada enferma, de alguna edad, sin recursos, casi abandonada y abrumada bajo el peso de terribles pruebas; afligida en su cuerpo por dolores y enfermedades crueles; en su alma por tentaciones horribles, y en su espíritu por turbaciones, tedios y tormentos atroces, pide al Párroco de Ars se compadezca de ella, y la haga sentir aquella inagotable caridad de cuyos consoladores efectos tantos otros han participado. No pretende más auxilio que el de sus oraciones, ni desea obtener la salud más que de Dios solo. Si el Señor se digna sacarla de la tristísima situación en que se halla, por el ministerio de su gran siervo, promete á Vianney, no un vano reconocimiento, del que no hace aprecio su muy grande abnegación, sino el celo más ardiente para que sirvan siempre á Dios la salud y las facultades todas que recobre.

Alguna vez es un letrado, director de cierto periódico de provincia, y cuya vida ha sido una larga serie de infortunios. Tiene deudas, quisiera pagarlas, y la idea de morir insolvente le llena de aflicción. La vejez avanza para él á grandes pasos, con el cortejo de enfermedades que de ordinario la acompañan, y teme extraviarse, porque todas sus empresas han fracasado; no ignora que merece todas esas pruebas y mayores aún, y sabe que, al castigarle Dios así, ejerce para con él una gran misericordia. Desde que los ojos de su alma se abrieron á la luz admirable de la fe, no ha cesado de pedir la gracia de conocer la voluntad de Dios.

Las tinieblas perseveran, y con ellas la tribulación. «Yo soy—dice—indigno de obtener de Dios la »gracia que le pido; pero si un santo la pide por mí, »me será concedida.» Animado con esta esperanza, se dirige al venerable Párroco de Ars ofreciéndole hacer cuanto le mande, y añadiéndole que está dispuesto á aceptar el puesto que le señale de parte de Dios, el cual jamás será bastante humillante para él. Concluye diciendo que desea al menos saber si el camino que sigue es bueno.

La Superiora de un monasterio de Hermanas agustinas pide al santo Párroco, desde el centro de Alemania, la curación de una de sus queridas hijas en Nuestro Señor Jesucristo; cosa que desea vivamente, aunque conformándose en todo con la voluntad de Dios.

El director de un colegio de instrucción dirigía al Párroco de Ars la sencilla súplica siguiente:

«Mi amado y venerable Padre: Voy á pedir una »gracia, que espero no me negará vuestra inagotable »caridad. Dignaos prometerme que cuando os halléis »en el cielo pediréis á Dios el favor de llevarme á »vuestro lado con mi hermano, mi hermana, mis »brinas, todos mis parientes y discípulos. Pedidle esa »gracia, y que, mientras tanto, nos conceda otras »eficaces de santificación.»

Un joven de Londres, de dieciocho años, escribe al santo Párroco para que consulte á Dios si es su voluntad desaparezca una pena moral que le hace sufrir cruelmente... «Tal vez esta prueba es buena para »mí, añade el piadoso joven; mas también es cierto »que nuestro gran Dios es rico en misericordia; puede concederme el mismo bien por otros medios; con-

»cederme las mismas ventajas graciosamente, oyendo propicio mis oraciones.»

Un pobre desterrado le escribe desde el campo de Sidi-Brahim, con fecha 28 de Diciembre de 1854, lo siguiente:

«Mi amado señor Párroco: «Me escribe mi hermana que ha tenido la felicidad de pasar ocho días en »Ars. Ha hecho voto al pie del altar de Santa Filomena de llevarme á esa iglesia para darle gracias, si »recobro mi libertad. También yo reclamo vuestras »oraciones cerca de esa tan venerada Santa, y la prometo, si consigo mi libertad, ir, antes de ver á mi »hermana á dar gracias á la gloriosa mártir, y recibir vuestra bendición.»

La mayor parte de las cartas que recibía Juan Bautista Vianney tenían por objeto pedirle el alivio de las dolencias del alma. Con bastante frecuencia se le pedían consejos de dirección, en la seguridad de que veía los corazones y de que tenía el dón de penetrar los espíritus. He aquí lo que á la letra le decían de París:

«Padre mío: Cuéntase que penetráis el interior »de las conciencias, y que los secretos del corazón »son un libro abierto para vos. ¡Ay de mí! Dignaos »dirigir una mirada á la mía, y ayudadme á descubrir el mal oculto que me quita la paz del alma. »Cumpro, en apariencia al menos, mis obligaciones; »gozo de una reputación que no merezco, y han desaparecido para mí, al golpe de amargas tribulaciones, todos los encantos de la vida. Tengo miedo á la »muerte, y desprecio la vida; parece que hay en mí »una cosa oculta que se opone á la gracia de Dios, y »que no puedo yo definir. Frecuentemente pienso que »es un refinado orgullo secreto, y algunas veces que

»es un pecado que me oculto á mi mismo. ¡Oh Padre »amado, para quien no tienen secretos los corazones! »No temáis decirme la dolencia que aqueja á mi alma, »y su peligrosa gravedad... ¡Dispuesto estoy á seguir »ciegamente vuestros consejos!...»

La víspera de una Comunión general en Nuestra Señora, un nuevo convertido le escribía desde París otra carta, cuyo contenido es el siguiente:

«Venerable Padre en Nuestro Señor Jesucristo:

»Un gran pecador se postra á vuestros pies, y os »suplica le alcancéis del Señor, por vuestras oraciones, el perdón de sus iniquidades... El hijo pródigo »desea volver á la casa de su padre; pero es tan débil, »tan miserable, y tan cubierto se halla de llagas causadas por el pecado, que tiene gran necesidad de las »oraciones de los justos para que pueda esperar que »Dios se digne acogerle con misericordia y recibirle »el domingo en la Sagrada Mesa.

»Rogad por mí, venerable Padre, para que, después de haber recibido la gracia de la reconciliación, obtenga también la luz que ilumine el camino »que debo seguir, sea cual fuere, y el valor necesario »para entrar en él. Paréceme que, después de recibir »la absolución de mis pecados, estaré dispuesto á »hacer todo lo que Dios exija de mí. Beso vuestras »manos evangélicas con el sentimiento del más profundo respeto y del más filial afecto...»

Tampoco podía faltar en este concurso general la voz del Episcopado. Los Príncipes de la Iglesia escribían al señor Párroco de Ars, reclamando sus sacrificios y oraciones. Algunos le consultaban sobre diferentes cuestiones delicadas, concernientes á la administración de sus diócesis. Tenemos cartas de los Ilus-

trísimos Sres. Arzobispos y Obispos de Lyon, de Aix, Orleans, Dijon, Annecy, Grenoble, Autun, Valence, Evreux, Cap, Rodez, Châlons-sur-Marne, etc.

El Superior General de una Sociedad de Misioneros, que cuenta muchas fundaciones en Francia y en los Estados Unidos, aproximándose el momento de deliberar sobre la conservación de esos remotos establecimientos, le escribía lo siguiente: «Dignaos, señor y venerable compañero, recomendar de un modo especial este asunto á Nuestro Señor; y si, en su misericordia, se dignase comunicaros *alguna luz*, me atrevo á esperar que os dignéis transmitírmela. Muchas almas están interesadas en ello.»

En ninguna parte se establecía una obra importante sin recurrir á sus consejos y oraciones. Cuando llegaba la fiesta de San Juan Bautista, las cartas llovían y venían llenas de expresiones tan tiernas y afectuosas, que revelaban el más sincero y profundo reconocimiento.

Algunas veces, en las cartas que llegaban de comarcas lejanas, se insistía mucho para conseguir una contestación, cual si la comunicación epistolar, aunque lacónica, no fuese totalmente incompatible con esa serie de ocupaciones que comenzaba á la una de la mañana y se prolongaba sin interrupción hasta las ocho ó nueve de la noche, sin dejar al mártir del celo y de la caridad más que el tiempo preciso para recogerse un poco en la presencia de Dios, hacer su lectura ordinaria en la *Vida de los Santos*, tomar algún alimento y dormir bien cortos ratos. Mas para quien no ha observado de cerca las costumbres del venerable Párroco de Ars, es difícil formarse idea, ni aun aproximada, de un género de vida tan extraordinario.



CAPÍTULO III

Curaciones milagrosas obtenidas en Ars.

SABEMOS cuán fácil es hacer encogerse de hombres y excitar la risa de una multitud ignorante, con sólo pronunciar ante ella la palabra *milagro*. Pero ese proceder, ¿vale algo contra la razón, contra la historia y contra la omnipotencia del Señor? ¿Puede Dios hacer milagros, y conceder, como lo ha prometido varias veces, el dón de hacerlos á quien le agrade? Semejante cuestión está resuelta por sí misma para quien crea en la existencia de Dios. Y en cuanto á la realidad del milagro, es un hecho que se prueba, como todos los demás hechos visibles, por el testimonio de los hombres.

Este capítulo no será más que un extenso examen de testigos, entre los cuales dejamos con gusto la pluma, para limitarnos por ahora al simple papel de oyentes.

Comenzaremos por Catalina Lassagne: esta sencilla y virtuosa joven es el más antiguo y mejor informado de todos los testigos. He aquí lo que escribía en 1830: «El señor Párroco oculta cuanto puede las gracias de curación que obtiene, que son muchas... Y